

Título: Hacia el encuentro con el lenguaje musical.

Institución: Jardín de Infantes N° 16 “Las Artes”

Autor: Laura Ghio

En esta búsqueda íntima donde el conocimiento y lo técnico se mezclan con mi modo personal de enseñar; donde la capacitación y el bucear en mi historia, en mi vínculo con la música me dan pistas desde donde construir una lógica que sostenga mi presente; he descubierto que el sonido y el silencio son las vías a transitar para acercar a los niños al lenguaje musical. Sonidos que brotan del cuerpo, del entorno, sonidos conocidos en principio y silencios necesarios para dejarnos atravesar por las olas del mar, el viento y la brisa. Sonidos cotidianos de la puerta que se cierra suavemente y de la puerta que se cierra con enojo; sonidos de animales felices y enojados; silencios de suspenso, de esperas, de pensamientos, de dudas, de sueño, de amor. Sonidos y silencios al servicio del imaginario, listos para construir historias largas y cortas, propias y ajenas. Sonidos y silencios como pilares en el lenguaje de la música que nos conectan, nos ligan; puentes que contribuyen en la construcción del “nosotros”.

Hacia estas dos dimensiones del lenguaje apuntan las dos experiencias que voy a compartir: los Viajes Sonoros como un juego en la intimidad del grupo, con reglas amplias al inicio, donde la narración que va surgiendo se enriquece a medida que este espacio se sostiene. Los niños se convierten en expertos viajeros que pueden producir imágenes cada vez más detalladas y definidas del lenguaje musical, van poco a poco seleccionando y celebrando los sonidos y silencios para construir sus historias compartidas. Las Cantatas como un juego comunitario, con reglas dichas de antemano, donde los niños se exponen frente al resto de los grupos con aquello que eligieron dar a conocer. Situación de encuentro que continúa luego en cada taller donde se reflexiona sobre lo compartido; aquello para rescatar, modificar, criticar, elogiar.

Viajes Sonoros: ¿Cómo comenzar? Les propongo a los chicos hacer un viaje, no muy lejos porque ese va a ser nuestro primer viaje, así que...¿adonde les gustaría ir? A partir de ese momento, comienzan a plantearse nuevas preguntas: ¿cómo vamos?, caminando, en colectivo, a caballo, en tren... Esta es una travesía que construimos juntos: los chicos y yo. Desde la elección del destino (la esquina por ejemplo) y el modo de viajar (la

moto), cada cosa tiene una representación sonora que buscamos y vamos encontrando. Desde los sonidos más generales, ambientales, enormes; hasta los más pequeños, breves, efímeros, sutiles. Entonces la moto suena y cada uno improvisa su sonido, pero también suena la pata de la moto contra la vereda, el freno, el cambio de velocidad y el espejito temblando contra el viento. Lo pequeño crece. Crece la historia que se va armando, crece la imaginación, crece el recuerdo y esta narración sonora vuelve una y otra vez. Porque en el siguiente encuentro y quizás también en el otro, el viaje se repite más crecido, enorme, agigantado. Así el crujir de las hamacas suena mientras el cuerpo acompaña el sonido y vamos dramatizando la bajada del tobogán, las hojitas que hacen remolinos con el viento y aparece lejano el tímido ruido del triciclo roto.

En una oportunidad viajamos al espacio para realizar el rescate de unas pilas que necesitaban para que el muñeco que había llevado uno de ellos funcionara (previo al viaje me habían mostrado y contado que ese robot tenía luces y sonidos que no podían mostrar porque faltaban las pilas), así que nos pusimos un traje espacial con muchos cierres, casco, guantes y botas súper silenciosas para que no se escucharan los pasos. Apretamos un botón rojo como el de Buzz-lightyear y aparecieron alas blancas que sonaban como la sirena de la calle. Lentamente comenzamos a volar, había muchos ruidos raros en el espacio, tardamos un largo rato en llegar a la luna. Las alas se escondieron, comenzamos a caminar y por más que teníamos las súper botas hacíamos bastante ruido, decidimos dejar de caminar y seguir volando con la sirena apagada, para eso apretamos el botón verde. Una lluvia irrumpió la búsqueda, las alas se mojaban y no funcionaban, así que en una cueva nos escondimos un rato mientras aprovechábamos a cantar *la canción del chino capuchino*. Desde ese lugar escuchamos cocodrilos, leones, tigres y gatos; cuando todo estuvo calmo retomamos la búsqueda caminando, sacamos de las botas una lupa que cada vez que encontraba algo gritaba y en medio del alboroto alguien vio las pilas sobre una silla. Las guardamos en una caja que costó bastante abrir, 1, 2, 3, 4.....15 broches tenía, 20 abrojos que abrimos uno por uno y mucha fuerza hubo que hacer porque la tapa estaba ajustadísima. Abrimos las alas y pusimos la sirena, volamos hasta el parque y volvimos al jardín cantando *El negrito aquel*.

Entrar a ese mundo de la imaginación y construirlo a partir del sonido, no surge en todos espontáneamente; hacia ese lugar va la búsqueda: generar un contexto donde estimular y dar rienda suelta a la imaginación sonora. Porque como dice Graciela

Montes, *“Si no hay un dónde y un cuándo y un con qué hacer arte la ocasión se achica. No desaparece del todo si la necesidad de hacerlo es vigorosa, porque siempre hay márgenes estrechos donde instalarse. Pero se achica, y si la persona no está entrenada en eso de la ilusión, tal vez se debilite de manera irreparable”* (*).

Es en este punto donde inevitablemente me detengo para cuestionarme, para encontrar mis contradicciones, para pensar otras estrategias. Será preciso ser sumamente cuidadoso para desde mi rol colaborar en la exploración y construcción de cada niño. La intervención del docente es fundamental para enriquecer las interacciones que vayan surgiendo, buscando toda aquella palabra, acción, matiz que alimente la narración sonora. Es en este contexto donde las imágenes comienzan a ganar fluidez y naturalidad. No hay allí espontaneidad sin rumbo, sino juego que posibilita la apropiación del lenguaje. Quizás se trate entonces de abrir el juego para transmitir herramientas del universo sonoro que puedan reconstruir y hacer propias, invitarlos a transitar un espacio donde conciliar la propia musicalidad con esa música macro en la que están inmersos, incorporar propuestas que estimulen y ordenen aquellas manifestaciones espontáneas que surgen en el cruce con los sonidos y los silencios.

Los viajes al inicio llegan hasta los inconmensurables límites del arenero. Aumentan luego hasta el borde del Parque Chacabuco y llegan con el tiempo hasta lejanas galaxias, lugares que se presentan, que intentamos recorrer, que hacen a historias diferentes.

Cantatas: ¿Qué es una cantata? Un poema de reducidas dimensiones, de carácter lírico o heroico, para voces solistas, coros y orquestas. Pero en una acepción más restringida (y más propia), "cantata" es lo que al interior de nuestro jardín de infantes damos en llamar a nuestras "asambleas de canto". En ellas, con una frecuencia variable, mensual, bimestral (esto se va definiendo de acuerdo a la dinámica institucional), la comunidad de niños/as del jardín y sus docentes nos reunimos con la consigna muy clara de cantar y escuchar cantar. Se sustenta en un trabajo previo, con cada taller, donde el mismo grupo, luego de recordar cuáles fueron las canciones aprendidas en ese período de tiempo, elige por consenso o por votación cuál será la canción que mostrarán a sus pares. Para ello nos encontramos en el SUM, tal vez un viernes, media hora antes de que termine la jornada, para cerrar una semana mancomunadamente. Allí cada grupo

ejercerá el derecho de hacerse oír ante los otros, quienes tienen a su vez la responsabilidad de respetar la voz de sus compañeros.

Esta propuesta que en principio articula el trabajo específico de los contenidos musicales con un trabajo centrado en valores, ha instaurado un espacio transversal de encuentro entre pares -integrando el trabajo de los tres talleres: los grupos de 3, 4 y 5 años - y con la comunidad del jardín, regulado por pautas de respeto mutuo y alternancia en el protagonismo en cuanto a la asignación de la voz.

La potencia con que se ha instalado el espacio lo llevó a crecer. Podemos analizar su repercusión en tres dimensiones que aunque articuladas, se desglosan de modo de focalizar los distintos ejes de este proyecto:

- Aprender a hacerse escuchar cantando
- Aprender a escuchar
- Aprender a construir un sentido comunitario desde el canto compartido

Las cantatas han tenido, en primera instancia, relación con el mostrar. Me pregunto entonces ¿por qué mostrar? ¿sólo por dar a conocer, comunicar, integrar, promocionar?

El grupo muestra lo que conoce y lo que le gusta, el conocimiento y lo emotivo aparecen fuertemente ligados. Los chicos transmiten no sólo lo que pueden hacer, ahora que están más grandes, sino también el placer que les provoca esa canción o ese juego.

Estas producciones, a la vez que convocan hacia el afuera, se tornan lazos que los identifican. La responsabilidad y la libertad al hacerse cargo de lo elegido, decidir y disfrutar. Un recorrido a realizar para aprender a cantar en grupo.

Comienza la clase de música y ante el comentario “se acerca la cantata”, sobreviene la pregunta: ¿qué quieren mostrar? Surge la propuesta, en principio de aquellos que son más desinhibidos desde la palabra, de cantar la canción sobre la que estamos trabajando en ese momento. Esto nos permite pensar, sobre todo con los talleres de 4 y 5 años, sobre lo que estamos haciendo:

- qué cosas habría que mejorar; ya sea la letra que todavía no terminaron de aprender, ajustar el acompañamiento rítmico o tener más claro en qué momento canta cada subgrupo, por ejemplo.
- relacionarlo con actividades anteriores.
- probar lo que se propone para reafirmarlo o no.

- decidir si se muestra todo lo que se está trabajando o sólo una parte.

Varias veces sucedió que dejamos para el próximo encuentro la última canción aprendida porque todavía el grupo no se sentía seguro; no se ponían de acuerdo, se enojaban entre ellos, comenzaba el: “yo no voy a ir a la cantata”. En otras ocasiones se intensificó el trabajo para lograr concretar lo acordado, el grupo mostraba certeza respecto de lo que quería y predisposición para trabajar sobre esos ejes que faltaba profundizar. En los tres grupos se ha dado una constante, más allá del tiempo que cada taller necesita para deliberar: al momento de decidir qué mostrar se ubican en un lugar de confianza en relación con lo que pueden hacer, eligen aquello donde se sienten seguros.

En esta instancia se hace público aquello que ha transitado una construcción íntima, propia de cada grupo, externalizándolo para que sea entendible, para que sea agradable ante los otros.

En el proceso de desarrollo de las cantatas, durante los primeros tiempos, pusimos la mirada en el cantar y cómo llegar grupalmente a ese momento de hacerse oír ante los otros. Quienes cantaban tenían el protagonismo, pero ¿qué sucedía con quienes estaban escuchando?, ¿hasta qué punto esta experiencia posibilitaba que pudieran conectarse con el placer de escuchar?, ¿qué se podía recuperar de este momento? El escuchar tiene que ver con respetar la producción del otro y desde ese lugar se sostuvo, como uno de los valores en el que se centraba el proyecto de música. Pero no sólo se trata de respetar, sino que hay mucho más: gestar una escucha activa que permita rescatar, comparar, reelaborar, etc. Es esto lo que se profundizó durante los siguientes encuentros.

El escuchar desde el punto de vista de la apreciación tiene que ver con la posibilidad de reconocer las diferencias y semejanzas de los distintos estímulos sonoros a fin de comprender los elementos de la música que se desean transmitir. Al focalizar este aspecto se intensificaron de modo interesante las interacciones entre lo cantado por los otros y lo proyectado como propio, esto se visualiza en la secuencia que se describe en detalle a continuación.

Primera Cantata.

Taller de 5 años: modificó la canción *La Sopa* (con la que habíamos trabajado lo rítmico). Mas allá de ser una canción fácil de aprender, muy repetitiva desde lo

melódico y con un ritmo alegre que invita rápidamente al movimiento, les resultaba divertida la letra. Espontáneamente comenzaron a modificar las palabras finales de cada frase que luego, con la maestra, escribieron con letras y dibujos en una hoja grande a fin de poder leerla al momento de cantarla.

Taller de 4 años: eligió mostrar *Los piratas*. Propuse aprender esta canción porque relata una situación donde hay personajes, lugares, es rica desde lo sonoro. Aprendieron la canción paralelamente a la construcción del juego. Comenzaron a esconderse cuando decíamos: “tengan mucho cuidado que se acerca el tiburón”. Aparecieron los personajes: piratas y tiburones, con los que trabajamos los sonidos, el modo de desplazarse y de vestirse, imaginaron barcos en los que navegaron por esos mares terribles, llenos de olas grandísimas y tiburones... por supuesto. Desde lo espacial armamos el barco en un rincón de la sala y el mar que cambiaba constantemente de lugar, representado por telas. Pusieron reglas, como por ejemplo: cuando un tiburón atrapa a un pirata, el pirata se convierte en tiburón. Hicieron un trabajo lindísimo con la canción, se apropiaron, la hicieron suya. A veces jugábamos escuchando el CD, otras cantando nosotros con la guitarra. Al momento de mostrarla decidimos primero sólo cantar y luego *cantar y jugar* (era importante no perder ese momento donde la voz es la protagonista).

Taller de 3 años: cantó *Los indiecitos*, una canción con mímica, que cambia la secuencia del movimiento con las manos por estrofa y con muchas palabras sin sentido pero graciosas al oído. Entre todas las canciones que aprendieron, *Los indiecitos* era “esa” canción que al comenzar la clase pedía cantar la mayoría del grupo.

Al finalizar este encuentro, el primero del año, sentimos que la historia de este proyecto se había incorporado al jardín, plasmando nuestras intenciones. El clima de escucha y respeto por la voz y el protagonismo del par fue alternando, y un aplauso final fue poniendo cierre a la atención puesta en el otro. Después, era necesario dar un tiempo concreto para recuperar, y confirmar o cuestionar los resultados de nuestra observación. Pensar y comentar con los chicos sobre lo que habían escuchado, observado, sentido en la cantata, fue lo trabajado en la clase siguiente.

Los chicos del taller de 5 años dijeron:

- Que esas canciones cortitas (con respecto a *Los indiecitos*) también las cantaban ellos antes.

- Que el taller de 4 años había hecho 2 cosas: *cantar y jugar*, y que ellos querían aprender el juego de los piratas.

El taller de 4 comentó:

- Que los chicos del taller de 5 *¡habían leído!*
- Respecto al taller de 3 años recordaron la canción y quisieron cantarla haciendo variaciones en la intensidad, cantándola para adentro y para afuera por frases.

El taller de 3 años pidió:

- Jugar a los piratas.

Segunda Cantata.

Y llegó la segunda cantata. Lo interesante en cada grupo al momento de armar su producción fue la recuperación de lo que habían observado en primera instancia, pero reapropiándose de ello, dándoles ahora su impronta personal y grupal, allí replantearon sus posibilidades y profundizaron lo que estaban trabajando.

Taller de 5 años. Eligieron dos canciones: *Los pollos*, un candombe donde se trabajó entre otras cosas, el poder comenzar y finalizar una frase todos juntos, y *Malambo del hornerito*, con la que trabajamos lo rítmico poniendo mayor énfasis en el acompañamiento con los pies, de lo cual surgieron algunos movimientos que compartieron y se enseñaron entre ellos. Lo que decidieron mostrar fue: cantar *Los pollos* “solos”, sin ser guiados por el docente porque ya estaban grandes y podían hacerlo; y cantar el malambo y luego enseñar el zapateo a los niños de los otros talleres.

Taller de 4 años: el rock de la cárcel fue una canción que trabajamos y disfrutamos mucho, era difícil la letra, pero el entusiasmo y la alegría que les generaba moverse, imitar a los rockeros, imaginar instrumentos o vestirse como ellos contribuyó facilitando el aprendizaje de la letra. En el encuentro cantaron y luego bailaron el rock.

Taller de 3 años: a partir de la cantata anterior habían comenzado a jugar el juego de los piratas, aprendieron la canción y modificaron la dinámica del juego incluyendo una gran tela a modo de barco donde se subían a cantar la canción como piratas (con un catalejo imaginario) y ante la frase “tengan mucho cuidado que se acerca el tiburón” se escondían debajo de la tela. Mostraron entonces la recreación del juego.

La devolución del grupo de 5 años fue:

- que sólo ellos habían cantado “solos”

- que el rock estaba bueno, querían aprenderlo.

El taller de 4 años dijo:

- que le había gustado el juego de los de 3 años

El taller de 3 años comentó:

- que tenían ganas de bailar, que el rock y el malambo eran lindos.

Dice Claudia Loyola: *"La externalización que se produce al "cantar juntos para otros" y la posibilidad de presenciar ese acto mediante la escucha, gesta una situación que tiene impacto comunitario. La circulación de esa participación en una estructura con pocas reglas: "cantar y escuchar cantar", pero que ha buscado permanentemente sostener el proceso atendiendo a distintas dimensiones, ha sido la clave para que las cantatas se establezcan y crezcan en el jardín. Estas producciones que toman cuerpo, que se objetivan, se tornan instancias de identificación compartida. Y esta materialización, esta concreción que el arte posibilita, permite que la comunicación se produzca e intensifique desplegándose en ese acto emociones, sensaciones que implican a sus participantes (**).*

En un momento, en el marco mismo de uno de los encuentros nos preguntamos cómo podíamos guardar estas canciones que tan hermosas se escuchaban. Las expresiones de "guardarlas en el corazón" y también la idea de "grabarlas" surgieron como respuestas. De allí en adelante se movilizó un intenso proceso que culminó en la grabación de un CD en un estudio de grabación al que accedimos gracias a la generosidad de una familia. Más allá de lo enriquecedor de la experiencia por la que atravesarían los chicos, padres, abuelos y docentes, buscamos dar perdurabilidad en una producción colectiva, y a partir de esto consolidar significado, esto es reconocimiento y encuentro, identificación compartida. Y así fue, la participación comunitaria fue intensa: desde el apoyo de los padres para llevar a los chicos en horario extra escolar hasta el estudio de grabación, hasta el que copió los CD, el que consiguió CD para donar, quien diseñó la tapa, quienes instrumentaron los temas... toda la comunidad se aglutinó ante el proyecto. El último día de clase pudimos entregar a cada familia un disco con los temas del jardín (con carteles de lanzamiento y video clip incluido).

De la evaluación realizada recuperando las respuestas a una encuesta sobre el uso concreto del CD en cada hogar, surgió su incorporación al momento de comer, como motivo de baile, como música antes de dormir..., etc. El encuentro fue logrado.

Apuntando a trabajar la memoria del proceso, los niños realizaron apoyos gráficos como soporte para la recuperación de las canciones al momento de exponerlas ante los otros, de modo que no se desvanezcan entre encuentro y encuentro. Armaron carteles que se colgaron en el SUM donde aparecía el color, la figura, la línea, la palabra. Cada grupo realizó su registro utilizando las técnicas que estaban trabajando con la maestra en plástica, etc.

Aquí también la intervención docente es fundamental para invitar a participar en este espacio, para sostener reglas, hacer memoria, y construir tanto la producción a mostrar como a reconstruir todo lo que pudo considerarse desde el lugar de la apreciación.

Me encanta pensar en la música como el hada que te invita a conocer nuevos universos. Lugares propios sin recorrer, ajenos por observar, lugares comunes para compartir los miedos, los descubrimientos, las risas, los juegos. Espacios grandes, pequeños, medianos, donde la inmensidad nos engrandece más allá de la dimensión y finalmente hace de esos lugares un refugio donde serenamente puede respirar el alma.

Cuando contemplo cómo se ensancha el universo sonoro de cada niño, cómo se van generando códigos entre ellos, como el sonido y el silencio son muchas veces el puntapié inicial para jugar a ser un animal o para ir a una cueva desconocida donde darse la mano y pegar un grito; me confirmo una vez más que la dimensión sonora favorece la representación simbólica. En la escucha aflora lo propio, lo personal, lo imaginario; en ese sonido en el que cada uno se detiene y elige porque sí. En ese intento luego de reunirlos, enlazarlos con otros sonidos, con otros ritmos y así modelarlos como una gran masa a fin de materializar aquella idea sonora que continuará transformándose en cada encuentro.

Notas

(*) **Montes, Graciela.** *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético.* Fondo de cultura económica. México, 1999.

(**) **Claudia Loyola** es Titiritera. Licenciada en Ciencias de la Educación. Capacitadora docente. Coordinadora del Jardín de Infantes del Instituto Vocacional de Arte Manuel de Labardén.